

# ORANDO CON LA PALABRA

( 2º Domingo de Pascua)

“ Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:” Paz a vosotros”. Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió : ” Paz a vosotros”. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”. Tomás, uno de los Doce llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: “Hemos visto al Señor”. Pero él les contestó: ”Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo”. A los ocho días , estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:” Paz a vosotros”. Luego dijo a Tomás: “Trae tu dedo , aquí tienes mis manos, trae tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo, sino creyente”. Contestó Tomás: “¡Señor mío y Dios mío”. Jesús le dijo: ”¿ Porque me has visto las creído ?. Dichosos los que crean sin haber visto”. Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre

( Jn. 20, 19-31 )

En este tiempo de Pascua, la Palabra nos va mostrando distintos relatos en torno a Jesús resucitado. Jesús se acerca a sus discípulos. Quiere que recuperen la paz, que superen los miedos, que experimenten la alegría de sentirlo vivo.

En el texto de Juan, Jesús se hace presente para fortalecer a sus discípulos que aún seguían desconcertados y con temor. Ha comenzado un tiempo nuevo, el de su vida resucitada. Con su paz y su aliento envía a sus discípulos a anunciar y hacer presente su Reino, como Él mismo ha sido enviado por el Padre.

Pero Tomás , uno de los doce, pragmático e incrédulo, necesita no sólo escuchar, sino “tocar” a Jesús, para acoger el misterio y el envío. Jesús le ofrece sus manos y su costado para que Tomás palpe su presencia y, Tomás el incrédulo, el que necesita tenerlo todo controlado, cae humildemente a sus pies, reconociéndole como Señor: “Señor mío y Dios mío”.

En el aire resuena la voz de Jesús, que se hace llamada y compromiso para nosotros: ” Dichosos los que crean sin haber visto”.

Que en los momentos en los que el desconcierto o la duda hagan tambalear nuestra fe, repitamos humildemente como Tomás :”Señor mío y Dios mío” y que la presencia del Resucitado con la fuerza de su Espíritu suscite en nosotros la paz y la alegría contagiosa de la fe. La alegría que se hace anuncio y testimonio de que Jesús vive y nosotros viviremos con El, para siempre.

## ORACIÓN

Celebramos cantando tu Resurrección

y, sin embargo, aún seguimos  
como tus discípulos,  
experimentando desconcierto  
y confusión,  
y mantenemos  
algunas puertas cerradas,  
por temor y desconfianza.  
Puertas que bloquean  
la posibilidad de dialogar,  
de contrastar, de compartir.  
Puertas  
que impiden  
escuchar otras voces,  
respirar otros aires,  
descubrir la riqueza  
que nos ofrece la diversidad.

Entra de nuevo, Señor  
y que la fuerza de tu Resurrección,  
abra nuestras puertas  
y nos libere de temores y prejuicios.  
Que nuestra casa  
esté abierta para que puedan entrar  
con el sol y la luz,  
rostros y voces diferentes.  
y que encuentren en ella  
acogida, comprensión y respeto,  
espacio para buscar y compartir  
en libertad.

A veces, Señor,  
me siento como Tomás,  
necesito seguridad en mis caminos,  
garantía en mis proyectos,  
necesito “tocar”, tu cuerpo  
y tu promesa.  
Hoy, Señor,  
con el gesto humilde de Tomás  
quiero repetirte:  
“Señor mío y Dios mío”.  
Y que mis palabras

sean adoración y fe,  
entrega y libertad,  
reconocimiento y adhesión a Ti,  
como único Señor de mi vida,  
testimonio sencillo  
de quién se siente feliz,  
porque cree, aún sin ver.

Abre, Señor Resucitado  
nuestras puertas  
y danos tu paz.  
La paz que es tu Presencia,  
hecha cercanía y serenidad.  
La paz  
que armoniza e integra  
todo aquello que aún es ruido  
e inquietud en mí.  
La paz  
que hace confluir a todo el universo  
hacia la unidad del ser en Tí.  
La paz que brota  
del compromiso por la justicia  
de ir haciendo un mundo  
donde nadie tenga que dejar su tierra,  
ni nadie levante vallas  
para impedir caminos de libertad.  
La paz  
que refuerza la fe  
y alienta la esperanza,  
que llena de alegría  
la mirada y el corazón.  
La paz  
que nos hace testigos  
de tu vida resucitada,  
en medio de un pueblo en camino,  
que busca y anhela,  
aún en tinieblas,  
tu SALVACIÓN.  
Amén.

(Hna. Oyonarte)

